

TRES SEGUNDOS

Tres segundos es lo que basta para cambiar totalmente tu vida, así de efímero y cruel es el tiempo.

Eduardo estaba inquieto, se encontraba en la sala del pabellón oncológico del Hospital Universitario de FUENLABRADA, el edificio anexo al hospital general. Le habían comentado que era uno de los mejores en cuanto a tecnología y profesionales, había muchos pacientes, miradas esporádicas con tristeza absorbidos por sus propios pensamientos, la pantalla le anunció su turno.

El Dr. Quevedo, médico de gran profesionalidad y humanidad, notó la angustia y el miedo del paciente, empatizó como siempre pues sabía que era un mazazo lo que tenía que decir y era lo que menos le gustaba de su profesión, le gustaría vencer siempre al “bicho” y llevar la delantera, pero en este caso había dado la cara tarde y ya llevaba una buena ventaja.

- Eduardo, siento decirle que las noticias no son todo lo buenas que me gustaría. El doctor le explicó donde estaba el tumor, las áreas afectadas y que era inoperable, hay que actuar rápido, no dude que haremos todo lo posible, en cuanto nos dé su consentimiento empezamos, la enfermera le dará las pautas a seguir y le explicará el tratamiento.

Eduardo ya no oía, en su mente solo una palabra no dejaba de resonar en su cabeza, Cáncer.

Tres palabras: Tres segundos Cáncer

Eduardo había oído decir muchas cosas sobre los tratamientos, la angustia le podía

- Hola Eduardo, soy Ana tu enfermera, ¿Cómo estás? Puedes pasar con tu acompañante.

- Se lo agradezco, estoy como un flan.
Esto tranquilizo un poco su inseguridad interior, no quería estar solo.

Te haremos estar lo más cómodo posible, le comentó mientras le ajustaba la vía y revisaba la medicación, sonó una campana con fuerza y Ana con una sonrisa anuncio el fin de un tratamiento. Son muchas las batallas y siempre hay alguien que inspira, Eduardo comprendió que no solo era un proceso físico sino también emocional.

El hospital de Fuenlabrada se convirtió en su segundo hogar, pruebas y tratamientos eran su rutina, a veces le afectaba la soledad interna.

Paula y Teresa aparecieron en la sala de oncología, son voluntarias cualificadas de la AECC. Es un proceso difícil conectar con los pacientes, lleva su tiempo, preguntar, escuchar sin prisas, informar de los servicios que tanto la AECC como el hospital ofrecen gratuitamente a los pacientes, el proyecto InnovaHONCO, psicooncólogos, acompañamiento, etc. Eduardo lo comprendió en sus visitas.

Los pacientes ya les conocen, transmiten alegría, cariño, empatía y sobre todo sonrisas, que es una buena terapia. Por un momento te olvidas de lo tuyo, se crea una energía especial, los caramelos te hacen sentir que recibes un regalo con sorpresa kínder, como dice Paula sonriendo, ya que no sabes que sabor te tocara y te asegura que lo mismo el amarillo no sabe a limón pero que refresca y por fin en la sala se oyen algunas risas, la atención y el humor es primordial.

Isabel, la señora de al lado de unos 60 años y mirada resignada sonrió a Eduardo con dulzura, estamos en buenas manos nadie tiene seguridad de lo que pasará pero hay excelentes profesionales, llevo aquí dos años y sé lo que me digo. Me ha costado aceptar mi enfermedad, tener una ostomía es difícil de asimilar y, ¿sabes qué?, tengo mis días malos pero me enfrentaré a ello, me niego a dejarme vencer sé que tenemos miedos pero las ganas son nuestras y hay que seguir adelante siempre, dijo con una media sonrisa.

Eduardo quedó en silencio impresionado por esa fortaleza, sentía que había algo muy humano que estaba más allá de la medicina, una fuerza interior que todos los pacientes compartían sin saberlo, un afán de superación, energía y sobre todo esperanza y resiliencia.

Eduardo empeoró, el tumor resistía y avanzaba, ingresó y empezó otra fase, otra quimio pero no fue compatible. Reunido el comité se propuso un ensayo clínico, había que agotar todas las soluciones posibles. Pero el deterioro físico hizo imposible aplicarlo.

No conseguían frenar la evolución y Eduardo era consciente de que el tiempo ya no jugaba a su favor. Ana, la enfermera que había sido testigo de sus esperanzas e ilusiones sabía que ya estaba resignado, su rostro ya mostraba el cansancio y veía detrás de su mirada una tristeza que no podía ocultar, aunque la esperanza y la fe nunca la perdió.

- Ana, quiero agradecerte todo lo que has hecho, sé que es parte de tu trabajo pero tu vocación me ha impresionado. Sé que me queda poco, mi cuerpo no responde igual y quería daros las gracias por vuestra labor y sensibilidad. Ana le apretó la mano con suavidad por la sinceridad de sus palabras, notaba agotamiento extremo en su alma, era una despedida y con esa ternura que solo los que trabajan en estos lugares conocen, entendió y agradeció sus palabras, se miraron con emoción, la conexión era palpable, el mensaje claro.

Las almas más valientes también tienen que transcender.

El cáncer ganó esta batalla pero no la lección de lucha, fuerza y resiliencia que Eduardo y muchas personas nos enseñan.

Isabel siguió su lucha aceptando el giro que le dio la vida, su enfermedad es crónica pero superada.

Barbara, 62 años, con cáncer de páncreas estancado lleva casi un año de lucha. Es difícil pero no imposible, los milagros ocurren.

Nieves, 61, extirpación de mama, tocaba la campana con fuerza, hay salida.

Antonio, 36, leucemia con trasplante de médula, sigue su vida habitual y ha vuelto a trabajar.

Este relato es un homenaje especial a los que consiguen el objetivo y a los que nos dejan tras un desgaste exhaustivo físico y emocional...

Agradecimiento por su calidad humana a los profesionales médicos, enfermeras, auxiliares, voluntarios AECC... y ojalá que con la investigación se ganen más batallas.

Aquellos que pasan por nuestra vida dejan un poco de sí mismos y se llevan un trocito de nosotros.

Inician el camino antes pero nunca SOLOS.

.

.